DESDE LA VENEZUELA ESTABLE

Se ha venido produciendo, en los últimos meses, una serie de denuncias respecto a planes "desestabilizadores". Muchos de los sucesos o acontecimientos importantes para la opinión pública, han sido ocasión para que algún medio de comunicación o alguna persona más o menos destacada del "país político" denuncie propósitos, cuando no alguna clase de ambicioso y elaborado plan con implicaciones internacionales, de orden desestabilizador. Versiones nuevas y poco imaginativas de la "conspiración comunista internacional" o "los protocolos de Sión" parecen estar a la orden del día. Entre sorprendidos y desagradados por esta proliferación de rumores y denuncias oscuras, quisiéramos aprovechar la oportunidad para tratar de pensar en su significado político.

El primer contenido que puede tener tal multiplicación de denuncias acerca de planes desestabilizadores es el de un diagnóstico. Un diagnóstico acerca del estado actual de nuestro sistema político. Así, se trataría de que se tiene la apreciación de que la credibilidad y la confianza en las instituciones políticas en medio de las cuales vivimos los venezolanos se encuentra tan disminuida, que tales instituciones serían incapaces de sobrevivir a una ocasión en la que se demostrase su incapacidad para resolver problemas socialmente relevantes; lo que estaría en juego no sería solamente una pérdida de popularidad del gobierno a cargo, sino que el descrédito afectaría al sistema como tal, desgastado luego de 26 años de ejercicio frustrante. En otro sentido, podría pensarse además que el sistema político carece de defensas frente a pretensiones de grupos muy delimitados de derribarlo, ya sean los narcotraficantes, ciertos grupos políticos extremistas o simplemente algunos corruptos acosados.

Respecto a este segundo aspecto del diagnóstico, nos parece enormemente discutible. El desarrollo institucional, la formación de una cultura política democrática y el funcionamiento real de los pactos políticos vigentes a todos los niveles pueden sufrir debilidades, pero predomina con mucho, nos parece, la tendencia a la estabilidad y fortaleza. Esto no significa que postulemos la invulnerabilidad del sistema, pero sí que su capacidad para resistir a "conspiraciones" de grupos parciales se ha incrementado grandemente a lo largo de las últimas dos décadas.

Si de lo que se trata es del problema del descrédito o la falta de confianza en el sistema, podríamos decir que nos parece que puede haber algo de esto, y que en este particular sentido del diagnóstico, valdría la pena intentar desarrollar un debate en el que los diversos sectores contribuyan a una aclaración común del problema y a un análisis sincero de sus raíces.

Otro de los sentidos políticos de las campañas acerca de planes desestabilizadores puede ser el de un intento de activar el mecanismo social conocido como "la profecía que se cumple a sí misma". Un banco puede tener la mayor solidez posible, pero una amplia campaña de descrédito puede generalizar la creencia de que está quebrado y así llevarlo realmente a la quiebra. Nuestro sistema político nos parece realmente bastante menos volátil que cualquier institución financiera, pero esto de por sí no tiene por qué desanimar a quienes piensan que a través de la difusión de la idea de que nuestro sistema político es frágil y está sometido a continuas intentonas de desestabilización, puede realmente debilitarse al sistema, y llegar a utilizar la "confianza" como un elemento de negociación eventual con el gobierno u otros actores políticos.

Por último, la recurrencia de las alusiones públicas acerca de planes desestabilizadores puede tener el efecto de crear un clima político de emergencia, artificialmente promovido, pero en el que, como en todo estado de excepción, se identifica y se elimina sumariamente al enemigo, como quiera que convenga definirlo, y todo con relativa facilidad. Se simplifica toda la complejidad de la dinámica social y se reducen los problemas a la actuación maligna de algún grupo que a continuación pasa a ser extirpado.

Respecto a estos dos últimos sentidos de las campañas acerca de planes conspirativos, como se ve, se trata de que las campañas sobre desestabilización pueden ser ellas mismas eficaces instrumentos de desestabilización, y esto en un sentido mucho menos trivial y muy diferente del que comúnmente se señala: el de que eventualmente pudiesen contribuir a acrecentar el descrédito del sistema democrático al poner al descubierto alguna clase de "trapos sucios".

La mejor defensa de una sociedad contra las conspiraciones es la mas irrestricta libertad política; nadie recurre a la clandestinidad y el golpe artero si existe la posibilidad de organizarse abiertamente para perseguir cualquier finalidad política. Precisamente porque en el país se vive un clima de libertades —con las reservas y limitaciones que aquí y en otros lugares se han señalado con frecuencia— es por lo que no creemos que la conspiración y el intento desestabilizador tomen cuerpo como forma de acción política generalizada o estable. Vaya esta apreciación tanto a los "desestabilizadores" en el caso de que realmente existan, como a los que se recrean en hablar de ellos.